

HORROR ES HUMANO

Pablo Pinto Canales



©Horror es Humano
Colección: Terror Chileno
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Junio 2019

Pablo Pinto Canales

Edición: Jochán Zafra
Ilustración de portada: Chris Fattori
Ilustraciones interiores: Chris Fattori
Corrección de textos: Rodrigo Muñoz Cazaux
Corrección de estilo: Martín Muñoz Kaiser
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile.
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
ISBN: 978-956-6021-14-8

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A mi hija Teodora, por salvarme del horror eterno.

*“Nos acostumbramos tanto a nuestros propios horrores
que olvidamos el efecto que pueden tener en otras personas...”*

Diane Setterfield

Índice

LA FIEBRE DE LOS QUE MUEREN	9
CAZADOR DE DUENDES	19
GINEBRA	29
RITUAL	37
EL ABRIGO NEGRO	45
LAS MOSCAS (II)	55
ESA PIEL HERMOSA	65
CAMALEONES	71
EL LIBRO	77



LA FIEBRE DE LOS QUE MUEREN

Creo que son las seis o siete de la mañana, nunca sé muy bien la hora. Despierto desconcertado, el mal sueño y como no tengo reloj en la pieza, recién me voy enterando de la hora cuando tomo el pasillo hacia la cocina. Allí me esperan los números rojos de la radio, con el doble punto que tintinea y los segundos, ese reloj me dice que son las cinco cuarenta y dos. La noche a través de los ventanales del living lo confirma. No tengo cortinas en el living, me gusta que se cuelen las luces de la calle, de los departamentos de enfrente, cuando deciden despertarse como yo, cuando se desvelan en sus cocinas como yo. No prendo la luz, no soy exhibicionista. Puedo ser voyerista, no sé. No miro demasiado para afuera, solo me gusta que me ilumine la noche, a veces no tan oscura, me la invento menos oscura y aplaco el miedo al despertar.

En la oficina me dicen ramero. No me lo dicen a la cara, pero me llaman así, lo sé. No tengo que adivinarlo, me lo escribieron en un papel que metieron por debajo de mi casillero. “Muérete, ramero”. Es un odio mal parido por hablar

de las resmas que se robaron y los lápices de tinta gel. ¡Qué me importa! A mí no me importa nada, me llamaron al despacho y me preguntaron si sabía algo y dije que sí y dije lo que sabía. Gracias Ramiro, estrecharon mi mano, hablaron de un bono. Ese día caminé hasta mi casa con una cajetilla de *Lucky* en la mano, con la marca hacia afuera. En la casa rompí los cigarros sobre la mesa y aspiré el aroma seco del tabaco, mi lengua arrastró las hilachas marrones, mi boca hizo bolas húmedas, salivé hasta impregnarme del sabor y lavé mis dientes. Me acosté. Mal dormir, no dormir. Mi cuerpo ya no acepta alimento.

La otra noche me tocó sanar a una mujer joven. Le vimos tres tumores en el recto, cáncer. Nos venía llamando por semanas, ella, su mamá y otras almas jóvenes. Hoy día, me dijeron. Me la presentaron en sueños. Nunca veo sus caras, pero pude sentir los tumores, calentando esferas, carne mala, amargo en la boca como bilis de reflujo, la enfermedad pasando por mi cuerpo. Me cagué sobre las sábanas, duermo siempre desnudo, me aburrí de arruinar ropa. Las metí en una bolsa y eché a correr la ducha. Qué hora es. Tres cero seis, leo en la cocina cuando voy a prender el calefont. Lavo mis dientes y debería tomar un vaso de leche. Enjuago la boca con leche, la paladeo como un elixir sanador antes de escupirla en el lavamanos. El cepillo termina de hacer su trabajo, el agua caliente lo demás. Quiero dormir un par de horas, pero aparece otro llamado. Algo sencillo me dicen,

que me concentre; un hombre de sesenta con el corazón flojo. Démosle algunos años, lo trabajamos una hora, creo. El colchón me recibe como un estropajo.

Intenté dejarme crecer la barba, pero arranco los pelos de cuajo y con placer. El tirón me remite al cuerpo, cuando olvido si estoy en mi cuerpo o sigo habitando otros cuerpos que sano. En el día creo que es noche. Recorro los pasillos de la oficina como si fuera mi casa, como si mi cuerpo desnudo y sudado reflejara los rostros de los que me miran y me apuntan. Ramero cobarde. Camino hasta el comedor y abro el refrigerador, estoy en la oficina. Me dejan un platillo con galletas, quieren verme comer, tienen apuestas. Ni los sabores siento en mi boca muerta, me alimento de recuerdos. Tomo una botella de agua y vuelvo a mi puesto de trabajo. Antes de llegar a sentarme me llaman al despacho. La explicación es breve y contundente y con el sobre me envían a casa. Pregunto si puedo llevarme la botella y me dicen que no. Ramero, escucho al pasar.

Es raro despertar en la mañana para nada y dejar que los ojos se posen en la oscuridad. Nadie me habla, sé que ha pasado la noche. No me sofoca, ese aire pesado se disipa, nunca había estado aquí para notarlo, bajando como agua desde el techo, dejando el cuerpo mojado al tacto de tanto transpirar, ese cuerpo que estuvo tenso. Me duelen los dedos, tuve que forzarlos entre costillas, abrir paso a los maestros para llegar al pulmón. Tengo las palmas gastadas y endurecidas,

quemadas por las brasas del mal. No me gusta salvar gente del infierno, pero yo no escojo. Algo se enoja cuando se lo arrebatamos. Me levanto solo porque siento su presencia y me invento una salida a la calle. Es miércoles y paso por el *dos por uno* a la cafetería. Me siento en una banca a inhalar el grano caliente y meto la lengua por el borde. Esto quema, pero quema bien, es dolor del bueno. El otro café lo tiro.

Lo que necesito es morirme, cambiar de existencia. No hay explicación que pueda con la fe; es todo lo que tengo, creer. Me veo tentado a preguntarle a los otros maestros si están muertos, si me conectarían con alguien que me explique. Quisiera dormir una noche completa, morir por algunas horas. Si se acaba esta existencia sería padre y me dejaría devorar por el niño, que mordiera mi cara bajo los ojos. Dar vida y ser alimento, pero de verdad. No esto que hago, no nada. Iré a la cafetería a pedir trabajo. Puedo limpiar mesas, soy una persona muy limpia. Masticaría granos tostados, lo haría un hábito, y los demás lo notarían. Floyd, podrían decirme, yo los dejaría. Quizás digo ese nombre cuando compro allí, el que anotan en mi vaso. Hola Floyd. Hola. Nunca me siento dentro del local, voy de paso, tengo un trabajo de día ¿Sí, sabes? Y por las noches visito personas en sueños y las sano, dámelo para llevar ¿Sí?

Salgo al balcón en esta noche caliente. Uso polera y shorts, no me exhibo. Un perro en el balcón de arriba ladra y duerme a la vez. Pesadillas, lo sé. Son ladridos suaves, es

todo lo que puede hacer para despertar y no lo está logrando. Simulo que doy una calada a un cigarrillo y que aprieto el filtro. Miro hacia la calle y un tipo en bicicleta se detiene en la botillería. Si hay algo que echo de menos es el alcohol. Del tabaco puedo pretender independencia, pero pienso en el alcohol con celopatía. No quiero que otros lo beban, me desconsuela su engaño. El ciclista recibe una bolsa negra y se apura en romper el sello. Escucho el crujido de la rosca antes de la empinada. Siento la saliva acumularse y me obliga a pestañear. Entro a buscar un vaso de agua, lo tomo y lo relleno. Me avisan que vamos de nuevo, pero no quiero cerrar los ojos. Voy a comprar una libreta para escribir antes de dormir, contar que estuve vivo, que cada vez que me acosté respiraba. No tengo mucho más que decir, podría listar las cosas que tengo en mi departamento, alguien podrá suponer que no siempre estuve muerto en vida.

Hablé con el administrador de la cafetería. Lo esperé durante una hora, no me quería recibir, miraba a la distancia, se ocupaba de falsos documentos sobre el mesón. Hablamos un rato y me examinó como un cocodrilo, anda a bañarte, come algo y vuelve mañana. A trabajar, pregunté. A trabajar. Si supiera que mi aspecto es este, que no tengo mejor cara que presentar, que son mis ojos estos agujeros desde donde miro, lo siento, no duermo, no estoy durmiendo. Arrastro los pies porque quiero sentir la tierra que me sostiene, el sol me presiona contra ella. Llevo un café en la mano, mi mano gastada. Todo es calor, afuera y adentro, llevo la fiebre de los que mueren, llevo la muerte de los que viven.

Sé que tengo un hijo en el mundo. Antes de iniciar las sanaciones, mucho antes, en la adolescencia, en un país extranjero que visité por un intercambio escolar, en una ciudad con puerto, nos acostamos un par de veces y me habló del embarazo. Dieciséis años, blanca y triste. Ya también llevaba yo mucha pena encima, le dije que se deshiciera del asunto, se lo dije en un alemán básico e incorrecto, *geh sterben*. Dejé de hablarle y ahora tengo un hijo. Si él enfermara, yo lo sabría, me digo a mi mismo, esas cosas las saben los papás. Le enviaría un trozo de mi corazón, lo empacaría entre rosas, quiero que sepa que puedo quererlo. Ni sé cómo funcionan los celulares, ni tengo a quien llamar. En la oficina no podían creerlo, que por eso no me invitaban ni me enteraba. No quiero que me inviten, les decía, tengo que llegar a trabajar a mi casa. Si tuviera un hijo, me esperaría para cenar mirando su celular.

Creo que anoche tocaron a mi puerta. Me sacaron del trance, dejé un trabajo a medias, así no se puede. Grité desde la pieza y volvieron a golpear, ahora tuve certeza. No intenté vestirme, para qué, caminé a oscuras y desnudo hasta la mirilla. La chica de arriba, la del perro. Viene borracha y no atina a saber que equivocó el piso. Vuelve sobre su llavero y sobre la chapa. Es el tres, le grito a través de la puerta. Levanta y aprieta la mirada como si enfocara sus ideas ebrias. Creo que leyó el número sobre la puerta, porque siguió su camino hacia las escaleras, arrastra la chaqueta por los pel-

daños. Me arrepiento de no abrirle, me hace falta su aliento en la cara, seguro ha fumado también. Veo una pequeña poza en medio del pasillo. Se debe haber meado en la espera. Me nace rasguñar la puerta como un felino en celo. Algo me traje del trabajo, pienso, y raspo la frente contra la puerta para acabarlo. No, no se acaba. Muerdo mi antebrazo mientras corro de vuelta a la pieza.

Camino a la cafetería me topo con uno de los de la oficina, de los de ramero. Que todos encuentran muy injusto mi despido, que despidieron a otro tal y cual, me va a enviar un correo con el detalle de la contrademanda. Los vamos a reventar, dice. Igual le agradezco. Ya voy a entrar a la cafetería y el tipo se me pega. El administrador me da una mirada a la frente y se evade, yo también, invento conversación con Nestor. Me pido mi *dos por uno*, es miércoles. Nestor, le digo, te dejo que voy a trabajar. Se alegra un montón, de que haya encontrado, porque como están las cosas ahora, pero no se va a quedar así, a estos los vamos a reventar, insiste con eso. Mientras me alejo me hace un gesto de escribir, otro gesto de te llamo, levanta el pulgar y sonríe. Le falta un diente a la derecha, una muela. Tengo café en ambas manos, solo asiento con la cara, pero ya estoy fuera, ya no me ve.

Los otros maestros dicen que pronto se acaba. Qué es lo que se acaba, lo de sanar, lo de no dormir, tener un trabajo, dos trabajos. Me quieren arriba, me están pidiendo. Eso me suena como a salir volando hacia las nubes y me aterra,

mejor me bajan a buscar. En los sueños no existe arriba o abajo y lo decimos de todos modos. Sueños, desechos. Todos soñamos juntos, eso nadie lo sabe o nadie lo acepta. Todo se mezcla, como una juguera funcionando a oscuras, no sabes qué cae dentro, ya no hay manera de separar lo inseparable. A mí me lo apuntan, todos me parecen iguales. No veo caras, solo siento el dolor, una araña que separa capas musculares hasta llegar a los rincones. Por más que vomito, nunca la veo salir. Debe ser la que come de mí como alimento. Madre Teresa, toca mi frente, ya no tengo nada para devolver. Me pongo de rodillas y escribo en la libreta: en este cuerpo vivió Ramiro Figueroa hasta los treinta años.

